

1903

Francisco de Paula VALLADAR Y SERRANO



(Granada, 1852-1924). Periodista granadino de formación artística y literaria, aunque será el periodismo el medio en el que va a desarrollar toda su creación a lo largo de su vida. Fue redactor-jefe de *La Lealtad* y colaborador en *El Defensor de Granada*, hasta que en 1884 crea su propia revista, *La Alhambra*, publicación que dirige con absoluto protagonismo y que quedará ligada a su nombre a través de los años. Todo el movimiento artístico y literario granadino es el gran eje sobre el cual gira esta publicación en un dilatado espacio de tiempo. No obstante, y siempre ligado a Granada, va a realizar numerosos trabajos como cronista de la ciudad que le debe sus estudios sobre las fiestas del Corpus, la Capilla Real, la Alhambra, San Jerónimo y otros muchos.

En su revista va a publicar dos artículos dedicados a Almería a propósito de un viaje realizado en 1903, como él dice, en tren-botijo. Aunque es un viaje profesional, su sensibilidad le lleva a describir la Almería de principios del siglo XX, sus costumbres y sus esfuerzos por salir del aislamiento en el que se encontraba. Concretamente se trata de los siguientes trabajos: “Recuerdos de Almería I y II”. *Alhambra*. Año VI, núms. 142-143 (30 de noviembre y 15 de diciembre de 1903). pp. 517-519 y 548-550; “Almería y Granada. Recuerdos de viaje”. *Alhambra*. Año XV, nº 349 (30 de septiembre de 1912). pp. 409-411.

RECUERDOS DE ALMERÍA I

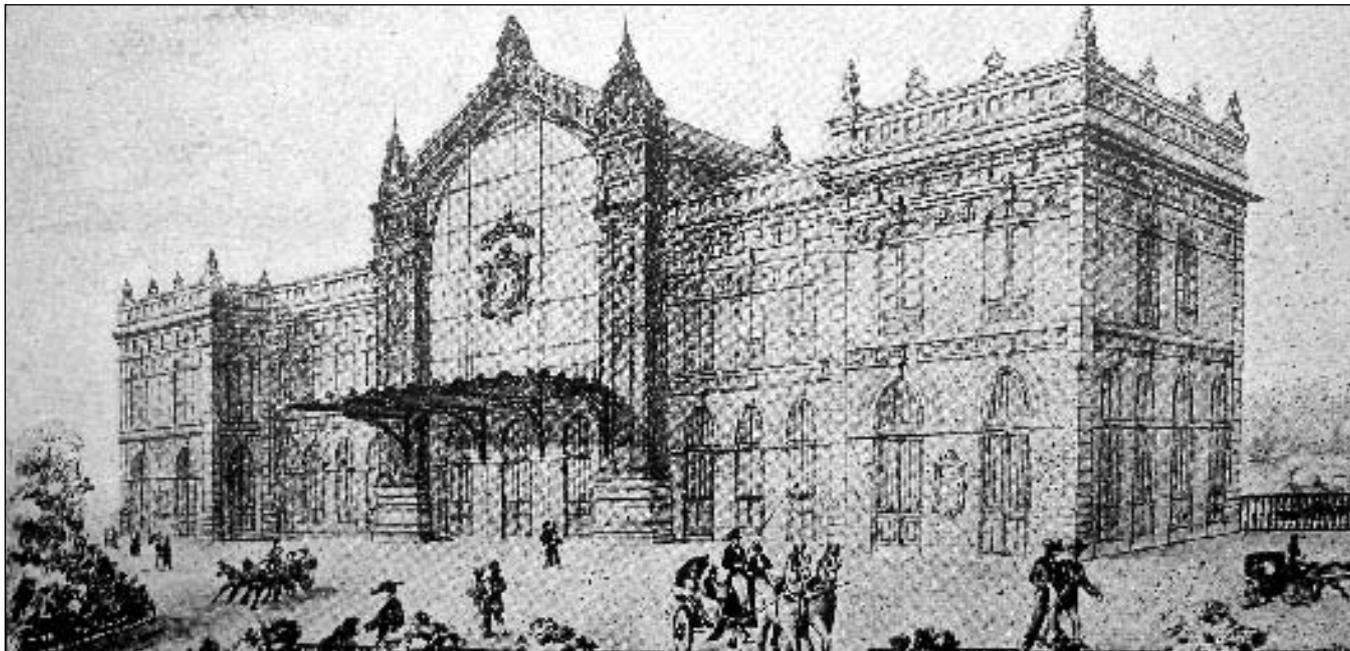
Conmigo mismo, había contraído una deuda que hoy me dispongo a comenzar a cumplir. Fueron tan agradables aquellos días que pasé en la ciudad hermana de ésta en que he nacido; fueron tantas las pruebas de afecto y de cariño de que durante esos días me colmaron aquellos buenos amigos, que cuando volví a Granada no me sentí con valor para confiar a las cuartillas las impresiones que en mi causara mi inolvidable visita a Almería.

Sentía yo desde hace muchos años la nostalgia de esa hermosa ciudad. Cuando comencé a ser periodista, Amador Ramos Oller y otros almerienses entusiastas, defendían con verdadero ahínco una noble idea: la de poner en comunicación a su ciudad con la nación a que pertenece; porque hay que advertir que Almería estaba aislada por completo, y que para hacer un viaje por tierra, a través de las abruptas veredas que hemos llamada casi un siglo pomposamente «carretera de Guadix» y «camino de Almería», era muy conveniente hacer testamento, proveerse de médico y botiquín, y atiforrar de toda clase de municiones de boca unas

cuantas banastas y cestas de más que regulares dimensiones. ¡Como que lo mismo podía tardarse tres días que ocho, en el dichoso viaje!

Me fue tan simpática la idea mantenida con verdadero entusiasmo por Ramos Oller, que contando con la patriótica y sana voluntad de mi maestro y director de *La Lealtad* —patriarcal periódico del que siempre conservo la más grata memoria—, D. Francisco Javier Cobos, al servicio de Almería puse por bastante tiempo el periódico y mi modesta pluma, y con Ramos Oller combatí por la defensa de los justos y legítimos derechos almerienses. Esto, como es lógico, hizo nacer en mi alma un afecto sincero y desinteresado hacia la «hermosa Cenicienta española»; y pensé siempre con plácida satisfacción en el momento en que, logrados los nobles deseos de Almería, pudiera estrechar personalmente los cariñosos lazos que la Prensa había atado entre los almerienses y yo.

El porqué esto no había llegado a realizarse sería muy largo de contar y aún no viene a cuento; pero baste decir que hace dos años estuve en el artístico Castillo de La Calahorra; desde sus altas torres de defensa me pareció aspirar las húmedas brisas del mar



Vista general de la estación de ferrocarril de Almería recién construida (finales s. XIX). (Litografía de Hilario Navarro de Vera).

Mediterráneo que baña las playas almerienses, y desde La Calahorra tuve que volver a Granada sin lograr otra vez mi anhelado deseo.

Correspondiendo, aunque no con carácter oficial, a las fraternales invitaciones del Ayuntamiento de Almería, el de Granada envió allí una representación, y como yo había organizado el periódico Granada-Almería, a la representación granadina, tuvieron a bien —honrándome— agregarme, y fui allí, nada menos que en tren-botijo, aunque para nosotros no lo fue, pues a la galantería de la Empresa se debió que hiciéramos el viaje en un cómodo coche de primera.

No olvidaré nunca la llegada a la hermosa ciudad. Más de tres horas esperaron los buenos almerienses la entrada del tren, sin temor a los calores y molestias de Agosto, y el paso de aquella larguísima fila de vagones, desde la estación hasta el interesante paseo del Malecón fue saludado constantemente con vítores, cohetes y músicas... No puede darse un espectáculo más llano, más sencillo y cariñoso, más verdadero y fraternal.

Desde aquel momento, piérsense en mi memoria los recuerdos concretos de todo lo que ví y pude presenciar; pero conste, que jamás han conmovido mi alma emociones más plácidas y tranquilas, afectos más sencillos y elocuentes. Había tal nobleza y espontaneidad en todo lo de aquel día y en lo de los días que

a aquel siguieron, que conforta el espíritu decir que donde así se siente y se práctica la hospitalidad, no pueden albergarse las malas pasiones.

Algo estudié el carácter de Almería; algo sus costumbres, su modo de ser, sus condiciones para las artes y las letras, para el trabajo y desarrollo de todo lo que lleva al progreso moderno; pero mis observaciones fueron muy incompletas y escasas, porque ni los amigos me abandonaban nunca, ni a mí, en realidad, me faltó algo que hacer durante mi estancia en la hermosa ciudad. Habíanme dispensado la honra, los mantenedores de la Academia de Bellas Artes que dirige el inteligente artista D. Joaquín Acosta, de nombrarme vocal del Jurado de la Exposición convocada por la Academia, y en la Exposición había no poco que estudiar para desempeñar con mediano acierto el difícil cometido. La Exposición, de una parte y la amistad de otra, compartieron mi tiempo, y el estudio de Almería quedose muy incompleto, en contra de mis buenos deseos.

Sin embargo, a esas modestísimas observaciones he de dedicar estos recuerdos, expresión sincera de mi cariño a Almería. Y comenzaré por «Almería Artística», ya que el arte fue realmente el motivo de que viera yo logrados mis deseos de visitar la ciudad famosa en tiempos de los musulmanes; la que siempre estuvo unida a Granada por los lazos del afecto más sincero y noble.



El arquitecto Trinidad Cuartara (1847-1912).



El Botijo, periódico publicado en 1903.

RECUERDOS DE ALMERÍA II

No sucede en Almería lo que en otras ciudades andaluzas, que sólo el nombre de sus antigüedades artísticas encierran; Almería tiene en pie, aunque mal conservada y casi perdido el carácter, la famosa alcazaba, y es sabido, como en esta misma revista he hecho notar, que con frecuencia, al demoler edificios o al abrir zanjas para cimentarlos, se hallan monedas árabes y romanas, fragmentos de cerámica y restos de ornamentación. Quizá porque en esas ruinas del antiguo poderío hispano-musulmán se albergan genios protectores del arte, el espíritu artístico vive y alienta en Almería, a pesar de que hasta muy recientemente no ha comenzado a resurgir con valentía de entre las ruinas del pueblo y la clase media.

El arte de construir revela en la vecina ciudad un excelente gusto innato y mantenido por dos habilísimos arquitectos: D. Enrique López Rull (de la provincia) y D. Trinidad Cuartara (del Municipio). En estos tiempos en que la arquitectura, generalmente, se va convirtiendo en un arte auxiliar del de construir muros más o menos sólidos ayudados de viguetas y columnas de hierro, consuela ver en una

ciudad modesta edificaciones que acusan la dirección del arquitecto y el trabajo de canteros y escultores de decoración tallada en piedra.

No es que aquellos edificios sigan sujetos en sus líneas de construcción y en sus motivos ornamentales al rigorismo clásico y académico, no; las trazas, en general, son de arte moderno sin presunciones de clasicismos ni extravíos de modernismos traducidos del francés. Me impresionó gratamente observar que allí hay muy pocos yesones figurando cornisas y pilastras y que éstas son de piedra y sostienen la edificación que sobre ellas se debe de cargar. Como consecuencia de esto, el gusto artístico se conserva más sencillo y puro en los que trabajan y en los que mandan trabajar, y ese gusto, ingénito, inexplicable, tal vez, para muchas gentes que lo respetan y amparan sin darse cuenta de ello, ha sido la causa de que la Academia de Bellas Artes, fundada por el inteligente artista Joaquín Acosta, no sólo haya producido efectos inmediatos dentro de su institución, sino que haya revelado toda la importancia que la Escuela oficial de Artes e Industrias allí establecida tiene para las clases obreras y para el desarrollo y fomento de las artes industriales.



Autorretrato del célebre pintor José Díaz Molina, 1899. (Gentileza de M^o del Mar Nicolás Martínez).

Al año de fundarse la Academia, encontrase ésta con elementos y fuerzas suficientes para convocar una Exposición artística, a la cual concurrieron 136 expositores, la mayor parte de diferentes regiones de España, entre los cuales han figurado con aplauso discípulos, en un solo curso, de la Academia. En esa Exposición se han revelado claras inteligencias, hermosas aptitudes para el arte, de las que pudiera brotar el genio; y como consecuencia de todo lo hecho, la Escuela oficial ha conseguido también eficaz impulso de las Corporaciones oficiales y de las personas más salientes de la población.

En esa Exposición obtuvo una de las medallas de oro una bella señorita almeriense, que, a juzgar por lo que ha hecho, será una verdadera artista. Refiérome a la señorita Rosario López Quesada, autora de un interesante cuadro titulado *Contra luz*, en el que hay intención y lógica de procedimiento en el dibujo y en el colorido. Esa alumna honra a la Academia, así como también la enaltecen otras distinguidas jóvenes, entre las que obtuvieron premios las señoritas Margarita

Jiménez y María Jiménez García y los señores Gálvez Ferrer, Romera del Águila, Viciana, Peñafiel, Montesinos y Hurtado, en la sección de pintura; y las señoritas López Quesada y Ruiz Moreno y los señores Clemente, Martínez (D. José) y Morales (D.J.), en la de Artes Industriales.

Sirvió también esa Exposición para que toda Almería viera por sus propios ojos un cuadro admirable de un gran artista, hijo de aquella ciudad: el *auto-retrato* de D. José Díaz Molina. Como obra de arte es verdaderamente maravillosa; como parecido, es opinión unánime que sólo le falta hablar a aquella interesantísima cabeza, adquirida por el Gobierno para el Museo de arte contemporáneo. Aunque Almería no tenga hoy más que ese pintor, puede estar satisfecha de su grande artista. El cuadro obtuvo, en recta y estricta justicia, el premio de honor. El Jurado sintetizó en las siguientes palabras su juicio, inspirado en sana benevolencia; me honro en consignarlo así, porque tuve el honor de intervenir en todas las deliberaciones: *Se ha dividido, dice, la Exposición en las diferentes secciones de Pintura, Escultura, Arquitectura y Artes decorativas, notándose mayor concurrencia de pintores que de los demás artistas. La mayoría de las 131 obras presentadas, pertenecen casi todas a la Pintura y un reducido número a la Escultura y Artes decorativas. La Arquitectura ha quedado desierta.*

Aunque abundan los estudios de paisaje y los cuadros que aún pudieran llamarse de género, los hay de figura, dignos de estima, y cuadros de composición que revelan cualidades atendibles en sus autores.

La sección de Escultura es deficiente y aún lo es más la de Artes industriales. A Almería le interesa mucho levantar el espíritu de los que a esas artes se dedican, favoreciendo estas Exposiciones, pues las enseñanzas de artes industriales no sólo sirven de beneficio a los artesanos que a las faenas mecánicas se dedican; sirven también para que no queden obscurecidas en la masa anónima de los que trabajan, hermosas inteligencias y genios refulgentes; los que antes no podían ni aún ponerse en condiciones de que sus talentos se revelaran ante sus semejantes.

En este curso, la Academia de una parte y la Escuela oficial de otra, trabajan alentadas por noble estímulo, que en las fiestas próximas debe premiarse, celebrándose una gran Exposición organizada fraternalmente por esos dos interesantes centros de enseñanza, con la protección de las Corporaciones.

1903

Albert Frederic CALVERT



(1872-?). Escritor inglés que dedicó parte de su vida a viajar. Visitó en múltiples ocasiones Australia (realizó cuatro viajes de exploración al interior y uno de circunnavegación alrededor de la gran isla), América, las islas del Pacífico, Ceilán y España. Resultado de estos viajes es su prolífica bibliografía: *Western Australia*, *The aborigenes of Western Australia* (1894), *Impressions of Spain* (1903), *The Alhambra* (1904), *Summer in San Sebastian* (1905), *The Spanish Royal Wedding* (1906), *Southern Spain* (1908), *Spain* (1909). Era un enamorado de España que dedicó una serie de volúmenes a pintores como Goya, El Greco, etc., y a ciudades como Toledo, Madrid, Galicia, Sevilla; en estos reúne una colección de fotografías acompañadas de un breve texto.

En uno de sus viajes por España recorrió la provincia de Almería, en concreto Huércal Overa, donde visitó sus minas de cobre. El texto que a continuación reproducimos corresponde a las páginas 319-326 de *Impressions of Spain*. London, George Philip & son; Liverpool, Philip, son & Nephew, 1903. Traducción de Christian Navas Garratt.

LAS MINAS DE COBRE DE HUÉRCAL (OVERA)

Tras un viaje en tren de veinte horas de duración, y por tres redes ferroviarias distintas, el visitante llega de Madrid a la pequeña población minera de Huércal Overa. Dejamos la capital en el expreso de Alicante, y pasando por Alcázar y Albacete llegamos a Chinchilla, a la que llegamos a una hora poco civilizada de noche cerrada. Desde Chinchilla la línea recorre la hermosa provincia de Murcia hasta Lorca, donde cambiamos a un pequeño ferrocarril inglés que nos lleva a Huércal. Habíamos salido de Madrid con nuestras prendas de invierno; cuando experimentamos el sol de Almería, vimos que no necesitaríamos ni chaquetas ni chalecos. Estamos en la tierra de las rosas primaverales y naranjas tempranas, y el aire cortante y fuerte de la capital se olvida.

La comunidad considera la visita de interés general, dado que el pueblo espera que *El Monte Minado*, denominación local de las minas de cobre, traiga la prosperidad a Huércal-Overa. Muchos de los personajes destacados son accionistas de las minas, y toda la mano de obra proviene del pueblo. No hay ningún niño del vecindario que no conozca al representante español de los propietarios ingleses, quien actúa de



Llegada a una ermita de Huércal Overa. (Foto del autor del texto).

anfitrión, y se corre la voz de que ha llegado al pueblo. El capataz de la mina y personajes importantes de la comarca están esperándonos en la estación; en el salón que ha sido reservado para uso nuestro en el cómodo hotel encontramos una mesa puesta, no para cenar, sino con una presentación de muestras valiosas extraídas de la mina. Hay cobre de prácticamente todas las formas: carbonato verde de cobre (malaquita), carbonato azul de cobre (azurita), óxido rojo de cobre (cuprita), piritas de cobre (sulfuro amarillo de cobre), y cobre de la zona. A esto se añade una gran variedad de cobalto –cobalto gris acero, y morado rosado, con una tonalidad melocotón– y níquel con tonalidades



Vista aérea del casco urbano de Huércal Overa.

verde esmeralda, otorgando a las muestras un aspecto muy hermoso.

En la finca de Monte Minado se encuentra una colina con cobre externamente similar al Monte Morgan, y tiene una extensión de 111.5 acres¹⁸⁹. Hay vestigios de una explotación fenicia en la mina de Huércal, pero los restos de actividad humana posterior demuestran de manera concluyente que los romanos fueron los últimos que explotaron la mina en la Antigüedad a gran escala. Fueron los romanos los que destruyeron con gran cuidado cualquier rastro de su actividad, y rellenaron con material las entradas a las plantas y otras instalaciones.

La composición de la montaña, de origen volcánico, es una masa conglomerada resquebrajándose; a no ser que las galerías se refuercen sustancialmente, la probabilidad de derrumbe constituye un peligro inminente para los mineros. Los hombres empleados en reabrir las viejas galerías y en abrir nuevos niveles han escapado por poco de algunos derrumbes. La normativa minera española impone unas indemnizaciones muy altas en caso de accidente en las minas; dado que en cada mina hay un médico, cuya obligación es informar de todos los accidentes laborales al Departamento de Minas¹⁹⁰ en Madrid, los propietarios de minas tienen un cuidado excepcional con la seguridad de sus trabajadores. En una ocasión, cuando al representante español de esta mina le enseñó el director unas obras nuevas, una roca enorme cayó encima de su guía. Afortunadamente, su cabeza estaba protegida por uno de esos cascos que los que trabajan bajo tierra siempre usan; y aunque este

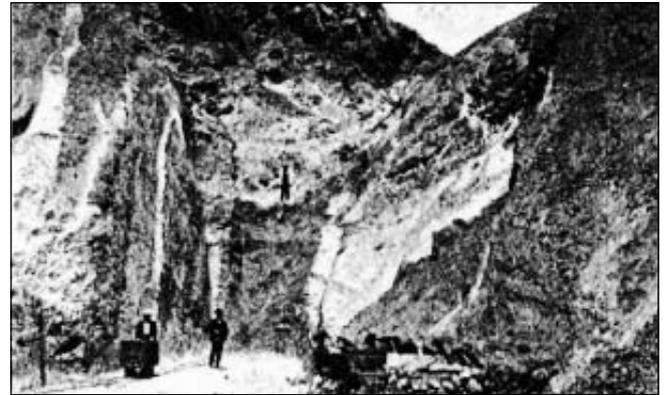
casco resultó seriamente dañado, probablemente salvó la vida de su usuario. El visitante estaba naturalmente muy preocupado, pero el director aceptó el incidente con una sonrisa filosófica. “*Como ve*”, comentó, “*todavía no me toca suponerles un gasto a los dueños*”.

La tarea de reforzar todas las galerías, a medida que el trabajo avanzaba, hizo que la explotación fuera lenta y cara, sin eliminar del todo el elemento de riesgo en la actividad. Se llegó a pensar en llegar a la veta entrando a unos 150 pies por debajo de la explotación actual; pero cuando se concluyó que dicha obra tendría que ser protegida y encofrada como el túnel de un ferrocarril eléctrico, la propuesta se abandonó por impracticable. Desde entonces, las dificultades se han superado mediante la adopción de otra política.

Los arrendatarios actuales comenzaron las negociaciones para la compra de las minas de Huércal basándose en los análisis de los enormes depósitos de material desechado, que arrojaban porcentajes que variaban entre el 5,71 y el 10,40 de cobre, 2,19 de níquel y 3,13 de cobalto. Se argumentó que incluso en el supuesto de que las minas estuvieran agotadas, los depósitos, si se aplicaba de manera científica la maquinaria moderna, producirían un beneficio atractivo. No obstante, hizo falta explorar muy poco para convencer a los ingleses de que las minas, lejos de estar agotadas, apenas se había tocado el filón; y un sistema de desarrollo más exhaustivo reveló que en el Monte Minado habían adquirido una mina de cobre y cobalto de extraordinaria riqueza. La riqueza sorprendente y consis-

¹⁸⁹ N. T. 1 acre = 0,405 hectáreas.

¹⁹⁰ N. T. Habría que saber si era un Ministerio, Dirección General o algo similar en su época. No creo que fuera un Departamento, pero el documento no da



Aspecto de explotaciones y zonas mineras en el término de Huércal Overa. (Fotos del autor del texto).

tente de carbonatos y piritas de cobre dejó muy claro que si los romanos, con sus primitivos métodos y herramientas, habían considerado estos depósitos como poco rentables, fue porque debieron de encontrar depósitos aún más valiosos que llamaran su atención. No podía haber otra excusa para considerar un cinco por ciento de cobre como escombros. Por vez primera desde que los romanos se fueron, las viejas instalaciones se reabrieron y el misterio se resolvió. Estas viejas galerías, como se puede deducir de las ilustraciones, no obedecían a ningún plan sistemático, sino que seguía las vetas en sus caprichosas evoluciones. La idea de atravesar la montaña en línea recta no debió de ser considerada posible por parte de los romanos; y, sin duda, el riesgo de excavar en roca suelta a gran escala debió de entrar en sus cálculos. Todas las instalaciones, galerías y niveles se despejaron de escombros, se encontraron más vestigios de cobalto y níquel, y empezó a abundar el cobre en todas sus hermosas formas, y cada vez de mejor calidad. En la galería Napoleón, se calculó que la veta contenía entre 17,17 y 78,69 por ciento de cobre, y al final de la galería apareció otra veta de tres metros con cobre puro.

Mientras sigo al Sr. José Pérez, el director de la mina, por las viejas galerías de Napoleón y Esperanza, es imposible no contagiarse del entusiasmo con el que describe y enseña la mina. Desde luego que sus elogios no son exagerados. El cobre de las vetas es muy abundante, así como cobalto rosado y negro, y en todos los puntos donde se ha trabajado, se ha encontrado mineral abundante. Se me enseñó una caverna grande, cuyo techo está sostenido por una columna de mineral, que habría sido dejada con ese fin por los excavadores romanos. Los mineros que estaban despejando las galerías lo tomaron en un primer momento como

una grieta en la veta; pero realmente es una caverna, en cuyo techo se encuentran todas las variedades de mineral de cobre. El espectáculo es increíblemente bello, y para el geólogo tiene un interés inusitado. He estudiado muchas cavernas en mi vida, pero esta en concreto, bautizada como “la Catedral”, supera de lejos en belleza a cualquier otra que haya visto.

Se han acometido bastantes obras útiles a ambos lados de la montaña, de gran importancia para introducir nuevas técnicas de explotación. En una zona despejada, se ha descubierto un afloramiento de unos mil pies, y así ha quedado a la vista una veta de cobre y cobalto de 70 pies; se han hecho obras similares en el lado opuesto del monte. Tras largos debates y reflexión, se decidió abrir las minas a una escala que se puede asegurar sin reparos que los romanos nunca habrían soñado; es decir, rebajar la montaña unos treinta pies de la misma forma que se destapa un huevo. Las obras antiguas, situadas a 180 pies de profundidad desde la cima, se han localizado, y sus dimensiones se han estimado, descubriéndose que su techo tiene un grosor de 30 pies solamente, por lo cual se eliminará; de ahí hasta una profundidad de 180 pies, donde las galerías antiguas se encuentran, hay depósitos de cobre, cobalto y níquel que se trabajarán a cielo abierto. Se ha abierto una trinchera desde el descampado “Barris” hasta “Marín”, al otro lado de la montaña, y se han trazado cuatro vías para trabajar el mineral, que se carga en los vagones y se lleva a las laderas. No hace falta reforzar ni perforar, y se eliminan todos los riesgos laborales. La roca del lugar no es muy dura, haciendo posible trabajar con ella; si fuera de cuarzo, sería imposible sin la ayuda de la dinamita; en cambio, se puede hacer a base de pico y pala, excavando la montaña a base de mano de obra y vagones.

1905

Fernando PALANQUES AYÉN



Los dos eruditos y amigos que realizaron la visita al Cabezo de la Jara: el velezano Fernando Palanques Ayén (1863-1929) y el huercalense Enrique García Asensio (1856-1916).

(Vélez Rubio, 1863-1929). Hijo del impresor Juan Palanques García (Lucena del Cid, Castellón) y de Rosa Ayén Andreo, realizó sus estudios de bachillerato en el colegio local de la Purísima Concepción, dirigido por D. Florián Ruiz Torrecilla, que tan profunda huella le dejaría. Marchó a Madrid para estudiar Filosofía y Letras (1885-89?) y fue profesor del Colegio Martínez de la Rosa; sin embargo, renunciando al previsible brillante porvenir que parecía tener en la capital de España, vuelve a su pueblo y, en una clara situación de precariedad laboral, se dedica a tareas muy diversas: impresor, profesor de academia, archivero, corresponsal de prensa (*La Crónica Meridional*), etc. La decisión de tomar partido por el bando liberal en los asuntos locales y electorales le acarreará numerosos disgustos y sinsabores. Fue uno de los principales animadores de la prensa cultural y política velezana entre 1889 y 1917, dirigiendo varios semanarios (*El Guadalentín, La Idea, El Fomento, La Linterna, La Opinión, El Loro, Revista de los Vélez, El Heraldo de los Vélez*) y formando parte como colaborador de otros muchos. Escribió infinidad de artículos y dio a la luz algunos folletos y libros entre los que sobresale, de forma especial, su monumental *Historia de la villa de Vélez Rubio* (1909, reeditada por *Revista Velezana* en 1987), fuente abundante de rica y variada información sobre el pasado de su pueblo, doblemente valiosa por cuanto Fernando Palanques conoció y utilizó ampliamente el magnífico archivo municipal de Vélez Rubio, vendido como papel viejo tras la Guerra Civil (1936-39). Este anciano erudito local fue un romántico cautivo de su pueblo al que amó apasionadamente y mantuvo siempre firmes convicciones religiosas, así como un pensamiento conservador en lo político y social. Fruto de su denodada actividad investigadora y literaria recibió algunos reconocimientos, títulos, premios y honores de instituciones y academia.

Animados de ese espíritu descubridor y aventurero, dos grandes amigos, Fernando Palanques Ayén y Enrique García Asensio, historiadores de Vélez Rubio y Huércal Overa respectivamente, deciden realizar una excursión al Cabezo de la Jara, tanto para satisfacer su emoción por la contemplación del paisaje como en busca de la prueba o el testimonio preciso y fiable que pudiera demostrar el paso y enterramiento del militar romano en aquellos remotos parajes, vértice y límite de varios términos municipales. El panorama era (y es) admirable por la amplitud de horizontes que abarca la vista humana, pero los resultados arqueológicos fueron decepcionantes; sin embargo, fruto de aquella ilusión pseudo científica, el velezano nos legó la narración de una memorable jornada, como recuerdo imperecedero de amistad y de la preocupación erudita de ambos.

El relato se publicó primero en *La Crónica Meridional* (23-26 de agosto de 1905), donde Palanques era corresponsal desde finales del siglo XIX; luego, el propio autor lo seleccionó para su primera, desconocida y frustrada *Historia de Vélez Rubio* (1907, p. 90-104) y, más tarde, con ocasión de la obra cumbre de E. García en 1908-1910 (*Historia de la villa de Huércal Overa y su comarca*), el juez huercalense, en prueba del cariño y respeto que ambos escritores se profesaban, la incluyó entre sus páginas¹⁹¹.

más pistas.

¹⁹¹ *Historia de la villa de Huércal Overa y su comarca*, 1908-10, t. I, p. 97-98.

EXCURSIÓN AL CABEZO DE LA JARA DE ENRIQUE GARCÍA ASENSIO Y FERNANDO PALANQUES AYÉN, Primavera de 1905. CUMBRE DEL CABEZO DE LA JARA

La mañana era espléndida y apacible: una de esas mañanas primaverales de la hermosa región levantina en que la Naturaleza sonríe voluptuosa al recibir en su seno el primer tibio y acariciador rayo del astro del día.

Mi culto compañero de expedición, don Enrique García Asensio, dignísimo miembro de la judicatura española, y yo dejamos la carretera de Murcia para proseguir a campo traviesa nuestra ruta hacia el “Cabezo de la Jara”, aquel histórico otero que se levanta al extremo S.E. del término municipal de Vélez-Rubio, limítrofe de los de Lorca y Huércal-Overa, y en donde la tradición supone, y aún las viejas crónicas afirman, que pereció encerrado en una torre, a la que prendieron fuego las victoriosas huestes del cartaginés Asdrúbal, el infortunado caudillo romano Publio Cneo Scipión, después de la sangrienta derrota sufrida por su ejército en la célebre batalla librada en las cercanías de “Anitorgis”, en los campos illorcitanos, jurisdicción de la provincia cartaginense... *“quem Thader fluvius rigat, Illorci refugit Scipionis rogam”*, que dijo Plinio.

No era la primera vez que el digno funcionario aludido efectuaba excursiones análogas a la renombrada Sierra del Cabezo desde su villa natal de Huércal-Overa. Y yo, que hace años participaba del mismo anhelo de efectuar una detenida visita de inspección a aquella escarpada eminencia y a la famosa gruta abierta en su vertiente occidental, bendije la ocasión y mi buenaventura que me deparaban un “cicerone” tan docto y competente en este linaje de investigaciones arqueológicas.

Cabalgando, pues, en sendos mulos guiados por un campesino práctico de aquellos contornos, comenzamos nuestra ascensión por la parte de Poniente. A medida que avanzábamos, el desencanto más cruel iba reemplazando a nuestra ilusión de “touristas”. Ni un fragmento de desmoronado muro, ni una ruina, ni un solo vestigio de arcaicas construcciones que viniera en abono de una tradición sustentada por espacio de veintidós siglos, se ofrecía a nuestra mirada avizora.

Pendientes desnudas y semibermejas, dentadas protuberancias peñascosas, tal cual pizarroso tajo,

ásperos golliznos ajorradados por las lluvias torrenciales y un acantilado o precipicio que hace inexpugnable el altozano por su lado septentrional, es cuanto pudo descubrir allí nuestra visión de exploradores.

Mi compañero de excursión me recordaba aquel pasaje del erudito Fr. Pedro Morote en que se dice que, deshecho el romano ejército en los campos de “Illorci” y puesto en fuga el corto residuo de sus tropas que logró escapar al amparo de la noche de la persecución y del ensañamiento de los vencedores, se le erigió al difunto Cneo Scipión, en el expresado monte un monumento para su sepulcro. *Éste –añade el clásico historiador lorquino– se registra hoy en el Cabezo de la Jara, llamado así por lo mucho que su terreno cría, término de la ciudad de Lorca. Su fábrica es de durísima argamasa; su forma la de un sepulcro capaz para un gentil cuerpo*¹⁹².

Deseosos de encontrar algún comprobante de este viejo testimonio histórico, interrogamos a nuestro guía. Éste, por toda respuesta nos indicó con el dedo un extenso cortijo o casa de labor emplazado en la falda del mismo cerro hacia el lado NO, y al cual denominan los naturales el “Castillo”. Pero al observar nosotros el escaso talle de antigüedades que aquel rústico edificio ofrecía, ni en conjunto ni en detalle, volvió a tomar pábulo en nuestra mente la defección y el desencanto... Nuestra desilusión, pues, iba en “crescendo”.

Empero llegamos a la cumbre y la gratísima impresión que nos produjera el soberbio y extensísimo paisaje que desde aquellas alturas se descubre, comenzó a resarcirnos con usura de tantas sensibles decepciones.

Aquel inmenso panorama, cuya extensión de Levante a Poniente no es menor de 250 kilómetros, impone sobre todo por lo fragoso y accidentado, pareciéndose a un mar petrificado con sus olas, ya gigantes y encrespadas, ya meramente leves y rizadas”. Así condensaba hace años sus impresiones desde la cima de aquel otero otro viajero cultísimo, hoy insigne arqueólogo español y académico, residente en Barcelona¹⁹³:

¹⁹² *Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca*; Murcia, 1741; part. I, p. 78.

“Colocados en aquella eminencia de cara al Mediodía –sigue hablando el escritor aludido– se presentan en primer término las sierras de Enmedio y Almagro, distinguiéndose, contigua a ésta, la importante villa de Huércal-Overa, a tres leguas de distancia. En último término, mediante la Ballabona, se alza Sierra Cabrera, y entre ésta y la argentífera Almagrera y por los estrechos valles del Almanzora y del Antas, se dilata la vista por el mar, frente a Garrucha y Villaricos. Girando hacia el SO. se despliega en toda su longitud y altura la fragosa Filabres, con sus elevados picos de Uleila y Tetica de Bacares, éste de 2.000 metros. El extremo occidental de aquella abrupta serranía se une con las Alpujarras, y más allá se columbran, como surgiendo del fondo del ocaso, los nevados picachos de Mulhacén y de Veleta... Volviendo la cara hacia el N. y de izquierda a derecha, se vislumbran en lontananza la Sierra Sagra y algunas estribaciones de Sierra Segura; y, como más próximas, Sierra María, Maimón, con la villa de Vélez-Blanco a su extremo oriental, Montraviche y la cordillera que por el puerto de Mula se enlaza con Sierra Espuña; por último, a dos leguas de distancia parece tocarse con la mano la Sierra de las Estancias, y a su pie, en el fondo del valle, la villa de Vélez-Rubio con sus pintorescos alrededores”¹⁹⁴.

No satisfechos aún con la contemplación de aquel panorama tan bellissimo que se domina a simple vista, mi compañero se apresuró a desenfundar un flamante antejo que a prevención llevábamos y lo enfocó hacia la parte de Levante.

- Mira... y admira, me dijo al cabo de unos segundos.

El óptico instrumento pasó de sus manos a las mías y puse el objetivo en la dirección indicada. El espectáculo era, en efecto, sublime y encantador. A través de una atmósfera cristalina, diáfana, primaveral, se ofreció a mi vista la masa ingente de las plomizas sierras de Almenares, de Espuña y de Carrascoy, como sirviendo de escalonado confín al rizado manto de esmeraldas de la espaciosa huerta lorquina. Empero mi admiración subió de punto, al columbrar por entre aquellas sierras, y como destacándose del fondo de la



verde alfombra del vergel paradisíaco de su vega, la esbelta y bellísima torre de la catedral de Murcia.

No sé que mágico atractivo ejerce en el espíritu de todo patriota levantino la contemplación de cerca o de lejos de ese gallardo obelisco elevado sobre el mismo plano de la famosa mezquita de “Aben-Hudiel”. Y es sin duda que la torre de Murcia no es patrimonio exclusivo de los murcianos: lo es también de los almerienses; lo es de los alicantinos; lo es sin disputa de cuantos confinamos con esa provincia extensa, rica, populosa, hospitalaria y culta, en cuyo centro se yergue majestuoso ese gigante de la arquitectura del renacimiento, cual símbolo perenne de aquel genio titán del arte cristiano que supo abatir de su suelo el estandarte de la media luna, dos siglos antes de rendirse a las armas de Castilla en la vega de Granada, el último baluarte del poderío musulmán.

Hace veinte años, hallándome a la sazón en pleno período estudiantil, verifiqué mi primera y única ascensión al elevado templete circular que corona el suntuoso edificio, sirviendo de sostén a la enorme esfera, saeta y cruz de hierro con que remata el mismo. Acompañábame mi compañero de Colegio, hoy ilustrado profesor y Subdelegado de Farmacia de la ciudad de Lorca, don Diego Chacón Díaz. Allí, en los pétreos muros de aquellos altos miradores, y sirviéndonos a guisa de buril de la punta de un pequeño cortaplumas, entramos dejamos toscamente esculpido nuestro humilde nombre. ¡Pueril recuerdo!... Tal vez ya no exista borrados por la acción destructora de los tiempos... Y tal vez, aunque existiera, nuestros ojos no volverán a descubrirlo entre aquel fárrago exótico estampado allí por la mano convulsa de inúmeros ascensionistas más o menos innominados.

El soberbio panorama con que Naturaleza subyugó ni ánimo juvenil desde aquella sugestiva altura, es sólo comparable a éste que he disfrutado veinte años después desde la empinada cumbre del histórico otero de Scipión. Por eso hallé muy justificada la ingenua exclamación de mi compañero de excursión al trasladar de las suyas a mis manos el antejo:

¹⁹³ Se trata de D. Juan RUBIO DE LA SERNA, autor de la *Monografía de la villa de Vélez Rubio y su comarca*, Barcelona, 1900.

¹⁹⁴ Esta cita y la anterior están reproducidas de la *Monografía de la villa de Vélez Rubio y su comarca*, p. 40 y 41, con motivo de la visita que Juan Rubio de la Serna giró a estos alejados parajes el 9 de mayo de 1878.

- Mira... y admírate.

Un sol abrasador de medio día empezaba a acariciarnos con exceso las espaldas, por lo que hubimos de emprender, bien a pesar nuestro, el descenso de la pendiente. Mientras lo efectuábamos, mi compañero me participó haber leído en un documento pericial aportado como prueba en un antiguo expediente sobre términos, entre Lorca, Huércal y Vera, que en la misma cúspide del monte que acababa de servirnos de observatorio, existió una pequeña mezquita en la que se congregaban periódicamente para consagrarse a la oración los moros campesinos de aquel extenso radio durante sus escasos períodos de paz con los cristianos confinantes; pues en los de guerra, que casi constituían el estado normal de aquellos tiempos, los moros abandonaban sus modestos aduares del campo y de la vega para replegarse a los recintos amurallados de las plazas y castillos inmediatos, como Húrcal, Xiquena, Tirieza y los Vélez.

De esta mezquita rural, caso de haber existido, no queda otro vestigio que unas cuantas piedras esparcidas por el suelo, las cuales muestran todavía duros pegotes o adherencias de blanquecino yeso en sus toscas e irregulares facetas.

CUEVA DE SCIPIÓN

Antes de dar nuestro adiós definitivo al legendario “Rogum Scipionis” –consagrado por la tradición como sarcófago augusto de aquel héroe infortunado cuya bravura y pericia militar fue terror de los penosnos dispusimos a visitar, como objeto primordial de nuestro viaje, una cueva insondable y misteriosa, al decir de los naturales, que existe en la ladera NO. de la misma sierra, y que lleva también el nombre del célebre caudillo romano. La contextura exterior de esta gruta, hasta ahora, según parece, inexplorada, trájonos a la memoria la famosa “Cueva de Montesinos” inmortalizada en el áureo libro del festejado príncipe de nuestras Letras.

La fantasía popular había creado en torno de esta gruta una leyenda aterradora, suponiéndola insondable y llena de peligros. Más la intrepidez de mi amigo y los propios escarceos de mi invencible curiosidad aún no satisfecha, nos resolvieron a llevar a cabo la



exploración, no obstante las reconvenções del práctico que calificaba de temerario nuestro intento. Picado éste en su amor propio al ver que nos reíamos de su pusilanimidad, ante aquellos peligros reales o supuestos que el miedo y su imaginación

abultaban, se dispuso a penetrar en el seno de aquel antro cavernoso, invitándonos resueltamente a seguirle.

La boca del famoso subterráneo la constituye una abertura angosta, natural, de forma irregular, ligeramente aovada y semejante a una gigantesca coma. A poco más de dos metros de la superficie y mediante una bajada completamente vertical, los pies descansan sobre el vértice movedizo de un inmenso cono formado allí por desprendimientos seculares del terreno pizarroso, arrastres de las lluvias y peñas rodadas por ganados y pastores. El piso firme de este primer ámbito de la gruta debe de hallarse, por consiguiente, a muchos metros de profundidad, y quién sabe si en los tiempos prehistóricos se perdería en el abismo.

Una vez colocados en aquel guijarroso declive, se presenta una concavidad casi circular, de techo aovado, cuyo diámetro no es mayor de nueve o diez metros por dos y medio de altura desde el fondo del piso a la parte superior o vértice de la bóveda. En él aparece otro declive en dirección NE., que conduce a una segunda boca interior, de la que arranca una caprichosa galería de más pronunciada pendiente, surcada en casi toda su longitud por una grieta o tajadura, cuyo ancho oscila entre quince y veintiocho centímetros y cuya profundidad es desconocida, puesto que el eco producido por el choque, al principio seco y estridente, de varias piedras que en ella arrojamos, se iba atenuando y apagando gradualmente hasta concluir por perderse en el vacío.

Estoy tentado de confesar que, al llegar aquí, el vértigo comenzó a apoderarse de mis nervios; más la actitud serena y resuelta de mi intrépido compañero de exploración, avezado más que yo a este linaje de excursiones subterráneas, los normalizó bien pronto. Tengo por seguro que si la ciencia de la Espeleología o análisis de las grutas tomase alguna vez carta de naturaleza entre los estudios de moda, el señor García Asensio sería ciertamente uno de sus más fervientes y provechosos cultivadores.

De atenernos a las instrucciones de nuestro guía, aquí hubiésemos dado por terminada nuestra visita al antro tenebroso de Scipión, pues aquel nos hizo notar a la luz de su bujía unos grandes peñascos que por el lado SE. limitaban al parecer el fondo de la galería. Entre estos peñascos aparecían de trecho en trecho nuevas bocas o intersticios, los cuales, según el práctico, constituían la entrada presuntiva de otras tantas trancadas o galerías secundarias que se bifurcaban en distintas direcciones hasta constituir un misterioso e inexplorable dédalo.

Mi compañero me interrogó con una mirada que yo traduje y medí en toda su elocuente expresión a la opaca luz de nuestras linternas. No era él del temple de los que abandonan las empresas comenzadas. Su propio valor infundió energía a mi perplejidad pasajera; así es que ambos resolvimos continuar a toda costa nuestra audaz exploración.

Por fortuna habíamos sido previsores. La leyenda de peligros que rodeaba el misterio de la gruta, había aguzado nuestro instinto de precaución tanto que íbamos provistos de un sendo ovillo de cordel bramante, el que, anudado previamente por uno de sus cabos a un agudo saliente de la roca que existe a la entrada principal de la carrera, le íbamos desarrollando convenientemente a medida que avanzábamos en nuestra excursión subterránea. Este sería el salvador talismán que nos reintegrara al aire libre en el caso muy probable de llegar a desorientarnos en aquel imaginario laberinto de Creta.

Dispuestos a llegar al fin, nos introdujimos culebreando y ceñida una cuerda a la cintura, cuyo extremo así fuertemente nuestro fornido guión, por una de aquellas misteriosas aberturas, la que conceptuamos más adecuada para dar paso, aunque trabajosamente, a nuestros cuerpos. Y... ¡adiós dédalo, galerías, bifurcaciones, tajos, abismos y vestigios forjados por la fantasía calenturienta de los sencillos moradores de aquellos contornos...! Pues pronto dimos con un tercer tramo regular de la misma y "única" galería que acabábamos de recorrer. Cuatro o cinco metros más adentro fuimos a dar a la postre con el macizo del terreno, sin lograr descubrir ya que en él ni el más pequeño vestigio de ninguna nueva ramificación, boca, intersticio ni abertura... Allí terminaba, por ende, la por tantos siglos miste-



riosa, insondable e inexplorada "Cueva de Scipión".

La precipitada galería mide, en sus dos tramos, una longitud total aproximada de treinta metros, y tanto ésta como la amplia concavidad circular de cierre aovado que la precede, son indiscutiblemente de constitución volcánica, hallándose tamizadas, con leves intermitencias, todas sus paredes y bóvedas, de una tenue capa de arcaicas excrescencias musgosas y estalacmitosas, de color amelado, como originadas por viejas y extractificadas filtraciones de un terreno calizo y ferruginoso, ya en descomposición. Hay que advertir que el ambiente interior de la gruta es perfectamente respirable, muy seco y oxigenado.

En una ligera excavación practicada por los años 1870 en la primera concavidad de la Cueva, fueron hallados muchos objetos de verdadera importancia arqueológica, entre ellos varias fibulas metálicas, puntas de lanza y un macizo calcar o espuela de plata de puro tipo románico, todos los cuales fueron regalados entonces por su poseedor el difunto diputado a Cortes por esta provincia don Juan M. del Arenal al ilustre coleccionador, académico y ex-ministro don Antonio Romero Ortiz.

Al ocuparse don Agustín de la Serna y Lafuente, vizconde de Gracia Real, en unos *Apuntes histórico-geográficos sobre Vélez-Rubio*, publicados en Murcia en 1845, del choque entre cartagineses y romanos en los campos de "Ilorci" y de la retirada y muerte de Cneo Scipión en el Cabezo de la Jara, dice que en el año 1819, y en una de sus haciendas colindantes con dicho monte, se descubrió una mole de hierro de un quintal de peso que, por su forma, se calificó de "ariete", resto también de ejército beligerante.

Había terminado, pues, con éxito feliz nuestra exploración subterránea. Al hallarnos de nuevo en la superficie sin el más leve detrimento en nuestro físico, declaro con toda ingenuidad que, tanto mi compañero como yo, debimos de afectar ante nuestro palurdo guía un continente de satisfacción y orgullo que no hubiésemos trocado ciertamente en aquel instante por los triunfos honorables y legítimos de los intrépidos exploradores de las regiones polares.

BOCA DE LA TINAJA

En la vertiente NE. de la expresada Sierra del Cabezo, y a un kilómetro próximamente de distancia de la famosa “Cueva de Scipión”, existe otra abertura regular, ligeramente ovalada, y practicada al parecer por la mano del hombre en el centro de una inmensa lastra pizarrosa de unos ochenta centímetros de espesor. A este orificio lo denominan los naturales la “Boca de la Tinaja”, por ser ésta, sin duda, la forma que afectaba una amplia y redonda oquedad a que aquélla servía de entrada, antes de ser obstruida en gran parte, como hoy lo está, por los arrastres de aluviones y derrumbamientos del terreno. En el plano exterior de esta pizarra gigantesca, e inmediato al orificio mencionado, hay una especie de escalón natural formado por un saliente de la misma roca, y entre cuyos laminados intersticios, macizados por dura argamasa de composición caliza, se descubre el oxidado agujero de un gozne o argolla de alguna tapa metálica que debió servir en otros tiempos de cubierta a la referida “Boca de la Tinaja”. Como detalle digno también de mención añadiré que en el interior de su cuello existe un asa natural formada de la misma piedra, muy tersa y bruñida y con ligeros desgastes semicirculares, que parecen producidos por el roce continuo de alguna cuerda o por el constante asimiento de la mano del hombre. Esto inclina a creer a algunos que se trata de un antiguo cepo o “trampa” para cazar lobos, y a otros,



de un “silo” romano o árabe destinado a la custodia de granos y efectos.

Nosotros no descendimos a su interior, de bien escasa profundidad hoy día y muy asequible, por tanto, para el curioso y para el turista, persuadidos de que no ofrecía singularidad alguna digna de especial observación. Sin embargo, no será un desatino suponer que este hueco regular y someramente subterráneo pudo muy bien haber servido de emplazamiento al legendario sepulcro de argamasa que guardó incidentalmente las cenizas del famoso general romano, tal y como nos lo describe el ya mencionado historiador Morote.

Mientras tanto, la tarde avanzaba y fue preciso emprender nuestro viaje de retorno. Abandonamos, pues, el histórico “Rogum Scipionis”; y al regresar a la carretera general de Granada por la parte limítrofe entre las provincias de Almería y Murcia, entramos discurriamos con tristeza cuán implacable es el escalpelo de la moderna crítica histórica al pretender despojar a los pueblos de estos sencillos cultos a sus glorias y tradiciones.

Que por algo, si la memoria no me es infiel, dijo un escritor eximio —y si éste no lo ha dicho lo afirmo yo— que la tradición y la leyenda constituyen la verdadera poesía de la Historia.



Fernando Palanques, desde Vélez Rubio, y Enrique García Asensio, desde Huerca Overa, realizaron una célebre excursión al mítico cerro y cueva del Cabezo de la Jara, divisoria histórica entre Huércal Overa, Vélez Rubio y Lorca (Puerto Lumbreras). Detalle del mapa provincial de S. Seguí (Barcelona, 1900).

1905

Matías MÉNDEZ VELLIDO



(Granada, 1853-1923) Escritor granadino. Fue miembro de la llamada “Cofradía del Avellano”, tertulia literaria constituida en Granada a finales del siglo XIX en torno al escritor Ángel Ganivet. Granadino enamorado de Almería, viajó en varias ocasiones a nuestra ciudad; en una de ellas, en 1905, se decidió a plasmar sobre el papel los sucesos de su estancia. En su relato nos narra una velada en “El Palmer”, famoso merendero situado a la orilla del mar. Sus impresiones las publica con el título “Viajes cortos. Almería” en las páginas 197 a 201 de la revista *Alhambra*, Año VIII, nº 172.

VIAJES CORTOS. ALMERÍA

Cuando años atrás visité con otros amigos la sin par Almería, quedé prendado de la natural belleza de su suelo, de la amplia y hermosa construcción de sus nuevos barrios y edificaciones, de la energía y buena estrella de los que acertaron a concebir y ejecutar obras de la importancia del grandioso puerto, y la no menos admirable y costosa del dique o muralla que defiende la parte baja de la ciudad de terribles aluviones, productores antaño de luto y estrago en aquel rinconcito tan privilegiado y único de la costa española mediterránea.

Todo esto, amplificado y por modo encomiástico, poético y honrosísimo para los almerienses, proclamaron los periódicos granadinos en general de aquella fecha, siendo por lo tanto redundante y superfluo el que yo trajera ahora a cuento la espléndida hospitalidad que recibimos los granadinos, por parte de sus queridos hermanos regionales, que en la ocasión mencionada, lo mismo que en otras muchas, antes y después, supieron echar el resto y marcar la pauta del rumbo y del buen gusto.

Sirva lo dicho de cariñoso recuerdo a los excelentes amigos Jover, Acuña, Tovar, González Tamarit, mi antiguo compañero de carrera, y otros muchos que sería prolijo enumerar, fautores principales del simpático movimiento de mutuo afecto y consideración, que mantenido entonces como aquellos señores saben hacer las cosas, estableció vínculos y afecciones que en

años sucesivos han venido refrendándose, para gloria y provecho de las dos provincias hermanas, siempre que han celebrado fiestas o conmemorado algún acontecimiento de su historia.

Ya hubo telegramas y cartas que dieron cuenta de giras y recepciones, pero acaso faltó algo más íntimo y sincero que esos calcos del reporterismo, parecidos casi siempre en la forma y que no aciertan a marcar diferencias ni a establecer distingos. Los deberes de información al público y de agradecimiento a Almería, quedaron a cubierto y en su lugar debido, siquiera la excepcional cortesía de aquellos egregios señores mereciera capítulo aparte y más detenida mención, libres ya los granadinos del diluvio de fiestas particulares y públicas, que fueron la característica del famoso viaje estival a que aludo.

Sin ánimo, pues, de enmendar a nadie la plana, como fiel observante del adagio profundo como todos, que aconseja guardar cada cosa para su tiempo, voy a permitirme entresacar del arsenal de mis recuerdos ciertas peregrinas aventuras, que por su carácter personal y privado, no añaden ni quitan nada a la crónica detallada de los hechos, tal como se dieron a conocer en su época y sazón oportunas.

Sirvió de comienzo a los obsequios acordados por nuestros galantes hermanos, una cena en el *Palmer*, gracioso merendero encaramado, muy próximo al mar, en la propia carretera de Berja, y sitio por lo demás adecuado por su belleza y apartamiento de la ciudad, para jurgas y esparcimientos. Aunque yo no había estado

allí nunca, ni tampoco después he vuelto, parece que el *Palmer* famoso debe ser algo análogo a *La Pulga* o al *Último Ventorrillo* de por acá, lugares todos hospitalarios y reservados, donde se goza de omnímoda libertad, y donde, las apariencias de modesto bodegón, se halla lo necesario y hasta lo superfluo en cantidad y calidad suficientes para dar gusto, llegado el caso, a los que se presenten, muchos o pocos, y a cualquier hora del día o de la noche; todo es cuestión de tarifa.

Llegamos al sitio indicado al trote largo de varios vehículos, unos de propiedad particular y otros de alquiler. Había luna llena. Alegraba la nota triste de las olas que batían mansas la cercana playa, el campanilleo sostenido de los tiros, ganosos a porfía en conquistar la meta, donde sin duda husmeaban las aurigas.

Corría el camino que seguíamos empojetado a gran altura, dominando el mar, a la izquierda y a la derecha como suspendido de unos cortes formidables, abiertos en la roca, de gran altura y visualidad, sobre todo a aquella hora, y poseídos los más del natural deslumbramiento y sorpresa que despierta lo desconocido.

La cena fue opípara y abundante. Las copas de champán corrían de mano en mano con íntima y sincera efusión. Comenzaron los brindis. Cumplieron lacónica y discretamente los próceres, almerienses y granadinos que ocupaban puestos de honor, empezando después el fuego graneado, y como consecuencia, el derroche de inventiva, sandunga y elocuencia más o menos improvisada, que son de rúbrica en casos análogos. Habló Paco Seco bien y correctamente, según acostumbra. Salió a relucir el mar latino; la hermosura de la noche de plateada y dulce claridad; la noble estirpe de los sentimientos fraternales que nos congregaban en tan ameno paraje, etc., etc.

Bajo la simpática impresión de lo fácil y expedita palabra del referido, tuvo la buena idea mi amigo y colega D. Diego Marín López, que ocupaba un asiento frente al mío, de invitarme a hablar, cosa en que yo no había pensado ni a cien leguas. Resistíme lo que pude; aumentaron los requerimientos, reforzados a coro por todos los circunstantes, hasta el punto de llegar lo que al principio parecía broma a verdadero compromiso. Yo estaba entretanto lánguido y maltrecho; hacía varias noches que no pegaba un ojo (y así continúe respecto a descanso hasta que volví a mi tierra, donde solo y a mis anchas desquité lo perdido); la temperatura uniforme, húmeda y elevada me tenía día

y noche hecho un lago de sudor, no podía al pronto coordinar mis ideas, ni apenas mantenerme derecho... Seguían mientras erre que erre. Confieso, en descargo de mis culpas, que no sé negarme cuando se exige algo de mí. Me hallé de pie sin saber cómo. ¿Para qué? No lo sé; no hubiera podido articular en aquella sazón ni el "Padre nuestro". Cogí maquinalmente la copa, y casi haciendo pucheros, eché una mirada en derredor; preliminar oratorio que vino a aumentar mis cuitas, porque no vi a aquella hora más que semblantes extraños y excitados, que fijaban sus miradas en mi humilde persona, llenos de jovial curiosidad. En brevísimos instantes me juzgué abandonado de la mano de Dios y preso de la inquina de los hombres. Mudó de golpe la decoración; la luna tomó un tinte sanguinolento por demás medroso; las risas y las alegres voces cesaron de pronto; creía ver por doquiera caras tristes y desoladas que asistían compasivas a alguna ruina inevitable, de que yo no podía darme precisa cuenta. Transcurrió un breve rato que a mí me pareció largo como una soga. En resumidas cuentas, llegó mi turbación al punto de ignorar yo mismo para que me había puesto de pie; pensé sentarme, por último, en la firme inteligencia de que aquello no iba conmigo... Reaccioné de pronto a impulso de un esfuerzo supremo de la voluntad. Señalando hacia el sitio por donde creía que saldría el sol en aquella tierra, empecé mi *spit*... cuando cata que a las pocas palabras se me atraganta la voz y siento sobre mis hombros un peso enorme que me forzaba a doblar las rodillas y casi a pedir socorro; sufría un cansancio inexplicable e invencible; pedí vino como el desgraciado que llevan al patíbulo y se agarra a un ascua ardiendo para ganar tiempo... En fin, que convencido de mi impotencia declaré paladinamente que no podía, declinando mi encargo sobre cualquiera de mis dignos compañeros y paisanos, que con mejores condiciones y facultades se encargarían de proseguir la tarea. Me volví a derecha e izquierda a ver quien recogía la china, y notando la presencia del buen Paco Jover, que sin duda acudió en mi auxilio, me desplomé en sus brazos, no sin protestar antes de todo corazón de que al abrazar a tan distinguido almeriense, lo hacía en espíritu con todo bicho viviente, sin otra limitación a mi prurito afectivo, que la de ser natural o vecino siquiera del pueblo más ínfimo y apartado de la provincia hermana. Quedé satisfecho de mi epílogo, y descanse ¡ya era tiempo! En el leal recaudo que me proporcionaba el pecho amigo del aludido, de los pasados atragantos. "Bien, bien", me decía Jover con dulzura y galantería, que yo no olvidaré nunca, mientras me estrechaba con ahínco.

1907

Vicente LAMPÉREZ Y ROMEA



(Reproducida del libro *Almería entre dos siglos*, La Voz de Almería).

(Madrid, 1861-1923). Arquitecto, arqueólogo e historiador español de la arquitectura. Fue profesor de la Escuela de Arquitectura de Madrid y arquitecto del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes (1899-1914). Asimismo, fue miembro de las academias de la Historia y Bellas Artes. Se distinguió especialmente como tratadista del arte gótico. Tomó parte en la restauración de las catedrales de Burgos, León, Valladolid y Cuenca, así como del Palacio del Condestable, llamado vulgarmente Casa del Cordón. Conferenciante muy ameno y escritor, publicó más de cincuenta obras, entre las que destacan la *Historia de la arquitectura cristiana española*, fundamental en la materia, *Arquitectura civil española en la Edad Media*, *Algunas posibles influencias de la arquitectura española en la francesa* y otras muchas.

Su paso por Almería queda recogido en un artículo que publica en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* en 1907, en el que describe exclusivamente su visita a la catedral de Almería: “La catedral de Almería”. *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Año XIV, nº 171 (Mayo de 1907); pp. 69-74.

LA CATEDRAL DE ALMERÍA: NOTAS DE LA EXCURSIÓN A ANDALUCÍA¹⁹⁵

El viajero que, llegado a Almería por el mar vaya penetrando en ella por las estrechas callejas de la ciudad antigua, experimentará gran sorpresa al encontrarse con un extenso castillo que, contra las antiguas reglas poliorcéticas, no está emplazado en ninguna altura, sino al bajo nivel de las vías circundantes. Lo primero que llamará su atención es una larga y lisa muralla de rojiza piedra elevada sobre un talud y flanqueada por dos gruesísimos cubos, cuadrados en su zona baja, octógonos en la alta, abierta aquella por cañoneras, y coronada ésta con almenas, matacanes y merlones. Circundando el torreón de la derecha, yendo hacia Oriente, verá otra muralla con análogos elementos, que vuelve formando ángulo recto; luego, más hacia el Norte, se encontrará con dos recias torres semicirculares, entre las cuales destaca una más recia aún, cuadrada abajo, octogonal después, con estrechas ventanas y coronación almenada. Ante tal aparato guerrero no cabrá al curioso excursionista la menor duda de que tiene a la vista, un castillo, verdadero puesto avanzado de la Alcazaba que allá en lo alto de la ciudad



Portada principal de la catedral de Almería, cuando fue visitada por Vicente Lampérez.

¹⁹⁵ Véase el número del Boletín correspondiente a Febrero último.



Puerta de los Perdones de la Catedral de Almería. (Reproducida del libro *La Almería perdida, postales coloreadas, 1900-1936*, de J. Grima y N. Espinar; La Voz de Almería, 2005).

destaca sobre el cielo y sobre la sierra sus semimoriscas y semigóticas líneas.

Sigamos la circunvalación del supuesto castillo en demanda del ingreso, que seguramente estará ya cercano, provisto de amplio aparato de defensa, barbacana avanzada, cubos laterales y tortuoso callejón de acceso hasta la fuerte torre del homenaje, que debe ser aquella que se ve ya cercana, elevando su cuadrada mole sobre las casas. De pronto, al desembocar en ancha plaza, desaparece la ilusión guerrera ante un completo cambio de aspecto, de líneas y de formas. La fachada de aquel lado ya no es lisa, ni fuerte, ni almenada. Grandes y riquísimos contrafuertes la subdividen y entre dos de ellos luce, suntuosa puerta de viril «Renacimiento» español. Lo que se nos figuró castillo es la Catedral almeriense.

Es en realidad curioso y singularísimo el aspecto externo de este monumento. Perdidos desde largos siglos los tipos de la Abadía fortificada y de la iglesia-castillo, que fueron constantes entre monjes benitos y bernardos, caballeros templarios y sanjuanistas, y prelados castellanos, leoneses y catalanes, eran, por el contrario, la suntuosidad y el afligranamiento los caracteres de las fundaciones de los Reyes Católicos. Fue preciso que un motivo poderoso obligase de nuevo a unir el concepto religioso-militar, y aquél existía para toda la costa mediterránea en las incursiones de los piratas turcos y berberiscos, y a él deben sus envolturas guerreras iglesias como la de Jávea, en Valencia, la Catedral de Almería, y algunas más.

El apresto defensivo de ésta y de su cabildo consta de antiguo en numerosos asientos de los libros de cuentas. Pedreros, arcabuces, mosquetes, pólvora... son adquiridos frecuentemente por los prebendados almerinenses para defender la Catedral¹⁹⁶. Lo que no sabemos es, si entre la Mezquita mayor, “cuya fábrica era de labor morisca muy hermosa” y que sirvió de Catedral después de la reconquista (1490)¹⁹⁷, hasta la actual, hubo otro edificio, ni si era el antiguo templo mahometano el que se hundió a impulsos de un terremoto el 22 de septiembre de 1522. La destrucción debió ser completa, puesto que el cabildo acordaba el 24 de octubre siguiente fuese a la corte una persona a decirle al Emperador que “*si no curava de la reedificar... que nos podamos trasladar a otra cibdad o villa o lugar de este Obispado, donde a su magestad pareciere*”¹⁹⁸. Estas palabras indican un tan grave daño y tal dificultad de remedio, que ante ello no vacilaba el cabildo en un éxodo total y definitivo.

Debió acudir el Emperador a lo que se le pedía, aunque no con la prontitud exigida, pues se tardaron algunos años en emprender las obras. Para fijar las fechas exactas de comienzo y terminación, nos encontramos con algunas dudas. No caben en que fue el obispo Fr. Diego Fernández de Villalán el que realizó la empresa, pues lo dice clara y terminantemente el epitafio de su hermoso sepulcro, en la capilla absidal del monumento: “*...el cual construyó él sólo esta iglesia, erigiéndola desde los cimientos con grandes costas y trabajos...*”. Supone esto las fechas de 1526-1556, entre las cuales se desarrolla el prelaciado de

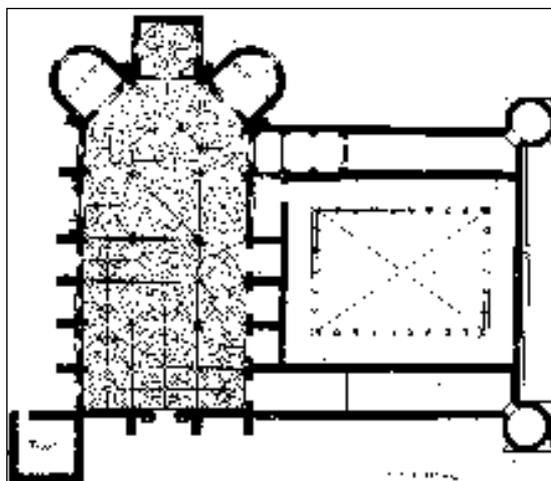
¹⁹⁶ Desde 1517 a 1636 son numerosas las citas sobre la organización militar del cabildo, y la adquisición de armas y municiones. Véase las notas de las págs. 450 y 451 en la obra “Granada”, (*España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia*), por D. Francisco PI MARGALL. Barcelona, 1885.

¹⁹⁷ *Vida de San Indalecio y Almería ilustrada*, por el Dr. D. Gabriel PASCUAL Y ORBANEJA. Almería, 1699.

¹⁹⁸ PI MARGALL: obra citada.



Sepulcro del obispo Diego de Villalán y plano de la planta de la catedral.



Fr. Diego, y ellas se compaginan mal con las de 1524 y 1543 que se dan para el comienzo y la conclusión de las obras¹⁹⁹. Esta última puede referirse a las partes principales: pero después continuaron las accesorias, puesto que entre 1550 y 1573 se hacían las dos grandes portadas, la sillería del coro y la sala capitular, y en 1610 aún se trabajaba en la torre²⁰⁰.

Ignórase el maestro que trazó y construyó la Catedral de Almería. Del primero que tenemos noticias es de Juan de Orea, que fue maestro de ella y del cabildo desde 1550, y que debió conservar su puesto hasta 1573, en que aparece en Granada²⁰¹. En este tiempo dirigió las portadas, la sillería del coro (1558-1560)²⁰² y la sala capitular.

La Catedral de Almería es una no muy grande construcción, compuesta del cuerpo de la iglesia y del claustro: este último tiene dos crujías contiguas, donde se alojan las dependencias (sacristía, sala capitular, oficinas...) Todo ello está circuido por las murallas y torres descritas. La iglesia es, en conjunto, de estilo ojival decadentísimo: tiene tres naves, más una suplementaria de capillas entre los contrafuertes del lado de la epístola, y otra de crucero no señalado en planta por mayor saliente: girola, y en ella, tres capillas inarmónicas entre sí y con el resto de la iglesia, sobre todo las laterales, como luego se dirá.

La estructura es de pilares moldurados muy subdivididos, sobre zócalos octogonales, contrafuertes exteriores, arcos de medio punto, igual altura en las tres naves, y una mayor en el crucero, el cual se corona por una linterna cuadrada y no muy alta, formada por muros que trasdosan los arcos torales, calados con ventanas. Todas las bóvedas son de crucería estrellada, de bastante complicación, exceptuadas las capillas absidales laterales, cubiertas con semicañones y medias esferas, por un procedimiento semiromano o semirománico, pues lo mismo puede obedecer a un retorno pseudo-clásico propio del siglo XVI, que a las tradiciones del XII, nunca perdidas en España.

En los elementos decorativos nótanse sistemas y manos distintas. Los capiteles de los pilares de las naves, son anillos de flora gótico-decadente; en los cuatro torales se manifiestan las formas del Renacimiento, con pretensiones corintias, que siguen en las volutas de hojarca que ornamentan los muros de la linterna del crucero; y en los arcos de comunicación de la capilla mayor con la girola se advierten modificaciones del más soso clasicismo, obra sin duda contemporánea de la reforma general de la capilla y del altar (primera mitad del siglo XVIII ?).

No pretendo en modo alguno en esta nota hacer un estudio analítico del monumento, pues me faltaron tiempo y datos para ello: bástame apuntar las impresiones recibidas en su examen. La disposición de la planta es la general de salón, con girola, y en ésta son de notar las capillas. Como he apuntado ya, son inarmónicas con el resto de la iglesia, pues su tamaño es excesivo y sus formas, robustas y simplicísimas, andan muy distantes de las finas y sutiles del estilo y de la época. Acaso las conveniencias militares se sobrepusieran aquí a las artístico-religiosas. La igualdad de altura de las naves recuerda la escuela ale-

¹⁹⁹ *Diccionario Geográfico*, de MADDOZ. Almería.

²⁰⁰ MADDOZ: obra citada.

²⁰¹ Debo estas noticias al erudito Sr. Gómez Moreno, cuya amabilidad me permite publicarlas.

²⁰² PI Y MARGALL; obra citada.



Arcadas del claustro de la catedral.

mana-borgoñona, tan preponderante en nuestra última etapa ojival, quizá traída a Almería por la imitación de la Catedral de Sevilla, a la que también se recuerda en la linterna. En cuanto a la modificación barroca sufrida por la capilla mayor, anda en ella, como en la de la Catedral de Guadix, una pobre emulación de la soberbia cabecera granadina.

Cuanto tiene de frío, atildado y anodino el interior de la Catedral almeriense, tiene de vibrante y viril el exterior. El aparato guerrero de muros, torres y almenas da la primera impresión de fortaleza; y ésta misma, animada por el arte, producen las dos portadas. La del Norte o lateral (hoy en funciones de principal) es un soberbio ejemplar de ese “Renacimiento” granadino, tan españolísimo y tan valiente. El prototipo es la hermosa puerta del Perdón de la Catedral de Granada, en la que Diego de Siloe dejó impresa su garra de león. La de Almería ocupa todo el espacio entre dos contrafuertes que le forman adecuado marco, pues tienen diversos cuerpos con molduras, cartelas, cabezas de león y vasos ornamentales, todo de gran estilo. La portada se compone de dos órdenes corintios superpuestos: el inferior, con columnas gemelas valientemente destacadas y hermoso entablamento, todo de gran pureza, encuadra una puerta rectangular con guardapolvo afrontonado en cuyo vértice campean dos ángeles tenantes de las armas episcopales. El orden superior, de menos relieve, tiene análogos elementos, entre pilastrones, y se corona con el escudo imperial. Traza, proporciones y decoración, acreditan la mano de Juan de Orea.

La otra portada, llamada de los Perdones, es de muy semejante composición, pero no brilla por igual valentía, purismo ni perfección decorativa. Si, como parece indudable, es obra del mismo Orea, durmióse un tanto al concebirla y ejecutarla. Del propio maestro es la Sala capitular. Es más notable la sacristía, de planta rectangular, tres arcadas por banda, entre un orden corintio y bóveda encasetonada, según un tipo del que pueden señalarse la de la catedral de Sigüenza²⁰³ (más espléndida de decoración que la almerinense), la del Salvador de Úbeda (que no conozco de visu).

Del claustro actual poco ha de decirse: es clasicón, con todas las características del renacimiento adocenado del siglo XVIII, sin que sepamos si substituyó a otro de mejor época y arte, o es el primero que tuvo el monumento. La frialdad arquitectónica de esta parte se compensa con el aspecto africano de su frondoso jardín, donde las palmeras reinan entre arbustos y plantas, floridos en pleno invierno.

Para intentar el estudio de los accesorios más o menos artísticos de la Catedral, me faltaron tiempo y competencia. Por eso han de quedarse sin más que una cita escueta la sillería de coro y el bello sepulcro del obispo Fernández de Villalán, la capilla del Sagrario y algunos retablos (uno muy apreciable en la capilla central de la girola). Mi propósito no se extiende tampoco a más que a señalar las características del monumento almeriense y a publicar un croquis de su planta, dato gráfico interesante, que creo no conocido hasta ahora.

²⁰³ *Obra de Covarrubias (1542-1551): Historia de la Catedral de Sigüenza*, por D. Manuel PÉREZ VILLAMIL. Madrid, 1899.

1910

Fernando PALANQUES AYÉN



Esta memorable excursión, escrita por Fernando Palanques Ayén, que en ese momento estaba en la cima de su fama erudita al haber publicado el año anterior su célebre *Historia de Vélez Rubio*, estaba compuesta, además de por él (cuya reseña biográfica ya dejamos apuntada en 1905), por Andrés Chico de Guzmán (ver reseña biográfica en 1929); Emilio Egea López, médico y antiguo compañero de prensa; Fernando Guirao Rubio, «*el de las barbas tersas, albinas y venerables*», distinguido letrado, anciano (contaba entonces 60 años) y rico propietario; Andrés Rubio López, camarada de la infancia y ex-compañero de colegio; Pedro Motos, conocido como «El Obispo», hábil y acreditado fotógrafo encargado de perpetuar por medio del arte de Daguerre los episodios de la jornada. Chico de Guzmán recordaría gratamente esta dura ascensión al Maimón desde las páginas de su periódico: «De Alpinismo», en *El Ideal Velezano*, nº 24 (3-III-1912).

El texto, dedicado por el autor a su amigo Juan A. Martínez de Castro, fue publicado por primera vez en *Revista de la Sociedad de Estudios Almerienses*, tomo I, cuaderno VII (Noviembre, 1910). Luego, como separata; finalmente, reproducido en las páginas 99 a 107 del número 9 (1990) de *Revista Velezana*.

UNA EXCURSIÓN AL MAIMÓN

I

Paseaba yo una apacible tarde de los primeros días de Abril en compañía de unos amigos por las inmediaciones del Puente de Prato, a la parte occidental de Vélez-Rubio, en el trayecto de la carretera de Murcia a Granada comprendido entre esta villa y la de Chirivel, cuando uno de mis cultos acompañantes apuntó la idea, que a todos pareció de perlas, de efectuar una detenida excursión, aprovechando la hermosa temperatura primaveral de esta región andaluzo-levantina, a la cercana montaña que desde allí se mostraba imponente y majestuosa a nuestros ojos, con sus soberbios acantilados, sus bermejas rugosidades y sus agrestes cimas coronadas por cónicos e inaccesibles picachos que parecen como forjados a cincel por la mano invisible del Supremo Hacedor de aquellas formaciones plutónicas.

Era, en efecto, muy sensible, hoy que el alpinismo ha tomado definitiva carta de naturaleza entre los sports de moda, que no despertase la afición a este género de pintorescas, instructivas e higiénicas expediciones en un país que tantas bellezas naturales posee

y en donde no faltan hijos estudiosos que, a la importancia topográfica y sugestiva del paisaje, sepan unir ese otro matiz, tan atrayente para el turista culto, de los recuerdos históricos que tales bellezas atesoran.

Quedó, pues, concertada nuestra expedición a la elevada sierra a que diera su nombre, según la tradición, el gran Maimónides, aquel filósofo cordobés que hubo de abandonar bien a su pesar la corte de los Emires en el reinado del tercer Abderraman huyendo de las persecuciones de sus émulos para venir a refugiarse en las sinuosidades de esta montaña, situada en la cordillera penibética, en el confín oriental de los territorios hispano-muslímicos que permanecían fieles por entonces a la autoridad del Sultán. Y quién sabe si desde estas cimas abruptas lloraría el insigne desterrado su infortunio y desahogaría su despecho contemplando y maldiciendo a su sabor a sus implacables perseguidores en los días aquellos en que el célebre califa acampó con un formidable ejército a los pies de la fortaleza de Velad-Alhamar (el Vélez-Rubio árabe), antes de emprender su victoriosa excursión al reino murciano para someter al rebelde Abenuadah y a las plazas y castillos que, alentados por éste, venían negando tributo y obediencia al soberano de Occidente.



“Un alto en la montaña”. (Foto de Pedro Motos, 1910).

La mañana del miércoles 20 de Abril, fue la fecha prefijada para la proyectada expedición.

Abandonamos el lecho al despuntar el alba muy seguros de no ver defraudadas las gratas impresiones que a priori se forjara nuestra visión de turistas. Una hora después rompía marcha, cabalgando en sendos borriquitos del país, la selecta caravana compuesta por mis caros amigos el ilustrado médico forense y antiguo compañero en la prensa D. Emilio Egea y López, a quien conferimos, con muy buen acuerdo, la organización y dirección de la comitiva; el distinguido letrado y rico propietario D. Fernando Guirao Rubio, que por cierto ganó en este día los honores de alpinista intrépido e infatigable a pesar de sus sesenta abriles; nuestro simpático camarada de la infancia y ex-compañero de colegio D. Andrés Rubio López, que hizo nuestras delicias durante el viaje con su locuacidad nerviosa y ocurrente; don Andrés Chico de Guzmán, culto escritor y periodista, más conocido en la prensa provincial por el pseudónimo de Fray Crispin; don Pedro de Motos, hábil y acreditado fotógrafo encargado de perpetuar por medio del arte de Daguerre los episodios de la jornada; y, por último, el que estas líneas escribe, obligado por sus benévolos compañeros a oficiar de cronista de la expedición.

Poco antes de llegar al sitio denominado la Cruz del Pinar, donde se bifurcan la carretera de Vélez-Blanco y el viejo camino de la Rivera de los Molinos, vislumbramos allá a lo lejos, en el cabo oriental de la montaña, la achatada boca elipsoidal de la llamada Cueva de los Letreros, cuyas misteriosas pictografías cuneiformes, aún indescifradas, siguen preocupando a arqueólogos y epigrafistas de renombre en el mundo de la ciencia desde que las dio a conocer su descubridor don Manuel

de Góngora y Martínez en su curioso libro *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, tan interesante y estimado por los estudiosos. Un poco más abajo de aquel antro prehistórico, columbramos los vestigios de la necrópolis primitiva descubierta y estudiada también hace medio siglo por el insigne arqueólogo granadino.

Dejamos a la izquierda el llamado Cerro del Judío, asiento igualmente de otra importante estación arqueológica; y abandonando la carretera por el ya mencionado paraje de la Cruz del Pinar, nos dispusimos a comenzar la ascensión, encaminando la cabalgata por la estrecha y tortuosa senda denominada de los Leñadores o de la Umbría. Media hora después de la lenta y penosa marcha, tuvimos que apearnos para aliviar de nuestra carga a las pacientes cabalgaduras hartas fatigadas de trepar por las pendientes y resquebrajaduras que allí ofrece el terreno.

Al abordar los primeros pinos del bosque -resto desmedrado y mutilado por manos vandálicas de aquella exuberante vegetación forestal que antaño poblara estos contornos- una pareja de guardas del monte salió solícita a nuestro encuentro, prestándose espontáneamente a servirnos de ciceroni en aquel inextricable laberinto de atajos, veredas y desfiladeros, no abandonándonos ya ni un solo momento hasta las últimas horas de la tarde en que emprendimos el regreso. Y a fe que nos fueron altamente útiles los servicios de estos modestos funcionarios del Estado, pues sin su pericia y conocimiento del terreno la expedición no hubiera resultado tan aprovechada y fructuosa en las escasas horas a que ella dedicamos.

Caminando desde allí unas veces a pié, en los trances más difíciles, y otras, las menos, a lomos de los

sufridos jumentos, arribamos al collado del Oleado, primera etapa de nuestra ascensión matinal, en donde hicimos alto, disponiéndonos a devorar a la sombra fresca y balsámica de un compacto grupo de frondosos pinos el succulento almuerzo que a prevención llevábamos. La más franca expansión, la cordialidad más ingenua, saturada de frases ocurrentes e ingeniosas que harán perdurable el recuerdo de aquel grato festín en las sinuosidades de la sierra, reinó entre los comensales. Los guardas, los arrieros y nuestro criado, formando grupo aparte y en caprichoso tendal sobre el césped de la montaña, dieron también buena cuenta de parte de las abundantes provisiones, sazónándolas de trecho en trecho con sendos tragos de un fortalecedor blanquillo que hace honor a las bodegas del cosechero, el Leónidas de nuestra expedición, D. Emilio Egea.

Terminado el almuerzo y, prendido el fuego a los aromáticos habanos, el más viejo y gallardo y jovial de los expedicionarios, D. Fernando Guirao, el de las barbas tersas, albinas y venerables, como le llamaba ocurrentemente el estoico Fray Crispin, apuntó la idea, con beneplácito de todos, de retratarnos en grupo en aquellas espesuras. El Sr. Motos desenfundó complaciente los trebejos del oficio en que ha llegado a ser un consumado artista; los excursionistas tomamos posiciones en un desnudo riscal inmediato al lugar del festín, donde discurrían a su albedrío las escuálidas cabalgaduras y un rápido rayo de luz llevó a través de la cámara oscura la gráfica imagen de aquella abigarrada caravana.

Escena inolvidable, en que yo recordaba con el poeta las delicias del campo y de las selvas y la plácida quietud patriarcal

“de quien huye el mundanal ruido, dando tregua a las congojas del espíritu en fraternal expansión con hidalgos camaradas, y en medio de la soledad de un bosque, donde cuidados no existen, y se es dichoso y rico, y es mayor la dicha, si entre tantos peligros, la envidia no te busca y te encuentra el olvido”, como dijo el Príncipe de Esquilache al cantar las excelencias de la vida campestre.

Las diez de la mañana serían cuando abandonamos aquel pintoresco paraje para reanudar nuestra lenta ascensión por sendas cada vez más espesas y tortuosas, describiendo en ocasiones menudos y fatigosos zigzags para sortear los obstáculos y quebraduras de la escarpada pendiente.

Una hora después abordábamos jadeantes y anhelosos la cima occidental de la montaña por el collado de la Perdigonera, llamado así por la inmensa cantidad de partículas esféricas y ferruginosas, a modo de perdigones de zorreros, de vario tamaño, que cubren la superficie; pero tan redondeados y perfectos que suelen ser utilizados, según se nos dijo, por algunos cazadores para carga de sus escopetas. Sorprendidos de tan extraño fenómeno, cada cual nos proveímos de un puñado de aquellas menudas bolitas metálicas, vestigios seculares sin duda de alguna erupción volcánica de las edades geológicas.

Un sol primaveral, radiante, propio del litoral levantino, nos hizo recordar que se aproximaba la hora del cenit. Por fortuna nuestra, una leve brisa del sudeste y unos ligeros celajes a manera de tules irisados, vinieron a atenuar bien pronto la intensidad de los rayos solares haciendo más grata y apacible la temperatura.

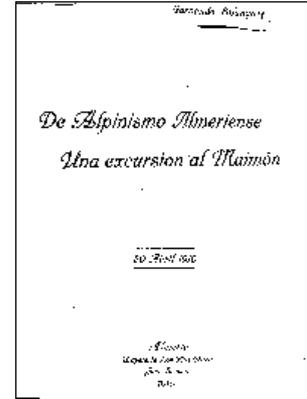
Después de unos momentos de descanso, invertidos en admirar el soberbio paisaje que desde aquellas alturas se descubre, avanzamos un centenar de metros siguiendo la cumbre de la montaña en dirección E. hasta dejar a las espaldas las lomas llamadas del Caballo y la Albarda.

Triscando por entre punzantes breñas y puntiagudos peñascales, auxiliados de nuestros pequeños regatones, escalamos por fin, tras no pocos prodigios de equilibrio, los llamados Portillos Altos, la meta suspirada y el punto, por ende, más culminante de toda la parte occidental de la sierra; pues la cima oriental, un poco más elevada, y a la que coronan los colosales picachos nominados las Iglesias, queda allí bruscamente cortada por una profunda tajadura ó precipicio que afecta la forma de un arco invertido.

II

Al ganar la imponente altura y contemplar a mis plantas aquel acantilado gigantesco, confieso sin rubor que el vértigo se apoderó de mis nervios y el corazón, acentuando sus contracciones, aceleró sus latidos. Un levísimo traspíe, el más ligero vahído en aquella escarpada eminencia, hubiese bastado para rodar irremisiblemente al abismo.

Volví la vista y contemplé a mis compañeros trabajosamente encaramados en la resbaladiza cúspide. En verdad que sus semblantes, y tal vez el mío, debía de



“Ladera de las Atochas”. (Foto de Pedro Motos, 1910).

afectar en aquel crítico instante un aire triunfador de satisfacción y orgullo que diera envidia al más intrépido de los aviadores y hasta a algún audaz explorador de las misteriosas regiones polares. La instantánea del Sr. Motos se encargó de dar permanencia gráfica a aquella escena culminante en que el pasajero terror producido por la atracción del abismo, estaba compensado con usura por el vasto y bellissimo paisaje que desde allí deleitaba nuestra asombrada pupila. Apelo, sino, al testimonio de mi impertérrito y veterano tocajo, el de las barbas tersas y albinas, quien en una justificada explosión de entusiasmo, lanzó al espacio, entre ¡hurra! estentóreos, el blanco chapeo de amplias alas que cubría su cabeza, sin duda para que aquel adminículo de su indumentaria cinégetica pudiese contar la proeza de haberse remontado unos más sobre el nivel del Mediterráneo.

-¡Esto es soberbio y admirable!...

-¡Asombroso!...

-¡Encantador!...

Fue la exclamación que surgió de todos los labios al contemplar extasiados la cima del Maimón el grandioso y vastísimo panorama, que limitan por levante las sierras de Espuña y Carrasco y sirviendo de confín occidental a las feraces llanuras murcianas, por el Sur la larga cordillera de los Filabres desafiando a las nubes con sus simétricos conos denominados Montagud y Tetica de Bacaes; por Occidente la abrupta Sierra de Baza, recortando con las ondulaciones de sus cumbres el albo manto de nieve de las crestas de Sierra Nevada

y de sus picos gigantescos el Mulhacén y el Veleta²⁰⁴; y por el Septentrión las sierras de la Sagra y de las Cabras, los Pelados de Guillemona y los cuartos de Sierra Segura a través de cuyas cimas se vislumbran con auxilio de los catalejos y como esfumados en las lejanías del horizonte, los altos picos de los Montes de Toledo.

Desde aquel encumbrado observatorio dominase también a simple vista el pueblo de María, con sus umbrosas y extensas campiñas, cuajadas todavía a grandes trechos de tupida vegetación forestal; el de Chirivel, la antigua Ad-Morum de los romanos, con sus fértiles hondonadas y sus famosas cumbres que sirvieron de teatro hace nueve siglos a la batalla campal librada entre los ejércitos del santo rey de Castilla don Fernando acaudillados por su hermano bastardo don Rodrigo Alonso de León, y las formidables huestes sarracenas del rey de Granada Alhamar; la villa de Vélez Blanco, con su almenado y severo castillo inmortalizado por las hazañas de su egregio morador D. Luis Fajardo de la Cueva, el vencedor de los moriscos de la Alpujarra; la de Vélez-Rubio, cabeza de la comarca, surgiendo indolente y apiñada del centro de su hermosísima vega, cual un macizo de magnolias arrullado por los susurros de sus arboledas y sus fuentes; el castillo de Xiquena, con sus ruinosos y bermejós torreones, escualidos restos de plaza que sirviera de baluarte fronterizo al territorio de los Alhamaes y de su poderoso antemural a las fortalezas morunas de los Vélez hasta los días gloriosos de su reconquista por las armas del Rey Católico; y allá en lontananza, asentado en las estribaciones sudorientales de la Sierra de Espuña, el famoso castillo de Aledo, cé-

²⁰⁴ Los más elevados de la Península, pues miden 3.481 y 3.470 metros de altitud respectiva.



"Cimas del Mahimón: Portillos Altos".
(Foto de Pedro Motos, 1910).

lebre asimismo por sangrientas luchas históricas entre cristianos y almorávides.

Mirando hacia el Sur embargaban también nuestra pupila las quebradas lomas del Cabezo de la Jara y las estribaciones orientales de la Sierra de las Estancias, escenario histórico aquel de un choque desastroso para los ejércitos de Roma, y asiento presuntivo ésta de la cartaginesa Anitorgis, la ciudad ocupada y fortificada por Asdrúbal Barcino durante la segunda guerra púnica. Y más acá las ruinas seculares del Castellón o Vélez-Rubio el viejo, con la cordillera de cerros que le siguen por la parte izquierda, en dirección a O., limitando el ancho valle donde acamparan hace veintidós centurias las derrotadas huestes del infortunado Cneo Scipión. El mismo risueño e histórico valle que acaba de surcar en veloz automóvil una turista regia, la infanta de España doña Eulalia de Borbón, hermana de Alfonso XII, acompañada de la insigne escritora norteamericana Miss Batcheller²⁰⁵.

A nuestra espalda, unos cuantos kilómetros al Noroeste, atraía a su vez nuestra mirada observadora la inmensa mole de la Sierra de María, tan rica también en otros tiempos por su exuberante vegetación forestal. Es dicha sierra la más elevada de toda la región levantina y uno de los puntos culminantes de la gran cordillera penibética, después del Mulhacén y el Veleta, como que su cima mayor, denominada la Burrica, alcanza una altitud de 2.040 metros sobre el nivel del mar. El intrépido Fray Crispín, nuestro inseparable

camarada, hubo de recordarnos, con este motivo, cierta ascensión que él verificó hace algunos años a la mencionada cúspide, excitando de tal modo con su sugestivo relato el interés de los oyentes, que allí mismo quedó concertada para fecha próxima una segunda expedición a la famosa y gigantesca sierra.

Encaramados, como digo, en aquella escarpada eminencia seguíamos contemplando a nuestro sabor el grandioso paisaje que se extendía a nuestras plantas presumiendo orgullosos que nos rendían vasallaje, de un lado el valle inmenso y la risueña cercana vega ataviada ya con las galas primaverales de su rizado manto de esmeraldas, y del otro, los montes y colinas oteros y cañadas con todos sus múltiples accidentes de lecho disecado de algún mar prehistórico. Más ¡oh pequeñez humana! cuando más engraidos nos hallábamos en la desvanecedora altura, una águila real se cernió gallarda y majestuosa en el espacio a un centenar de metros sobre nuestras cabezas, como queriendo humillar nuestra pasajera altivez invitándonos a remontar las alas del pensamiento a las regiones de lo infinito, o para recordarnos tal vez que el hombre, el pretencioso rey de la Naturaleza, es, aún en las situaciones más culminantes de la vida, no más que un mísero e impotente pigmeo, especie de átomo perdido en el panorama inconmensurable de la creación. Y es que, como dijo Kepler, cuanto más se envanece el hombre en la contemplación de las maravillas del Universo, mejor se le descubre su pequeñez comparada con la universalidad del plan eterno.

²⁰⁵ Las augustas viajeras llegaron a Vélez-Rubio de riguroso incógnito la tarde del viernes ocho de Abril del corriente año, y no hallando hospedaje adecuado en sus modestas fondas pasaron a pernoctar a Chirivel en la suntuosa morada de D. Ginés de Flores Moreno, alcalde de dicho pueblo, saliendo a la mañana siguiente con dirección a Guadix.



“Cimas del Mahimón: Collado del Buitre”. (Foto de Pedro Motos, 1910).

Imposibilitados de proseguir nuestro avance por impedirlo la enorme tajadura de que antes se hizo mérito, nos dispusimos a comenzar el descenso, no sin lanzar una postrer mirada a todos los confines del paisaje y prometiéndonos no ser esta la última excursión que efectuásemos a la pintoresca montaña.

Al regresar hacia el collado de los Perdigones, y después de otros momentos de descanso a la sombra hospitalaria de la garita de los guardas sita en la cima de la sierra, vimos el arco monumental que parece abierto a pico por mano de titanes en una roquiza prominencia de la ladera meridional de la montaña, y que el vulgo denomina impropiaemente la Ventana, cuadrándole mejor el nombre de Puerta gigantesca, pues es holgadamente capaz para una doble vía férrea, hallándose flanqueada a sus extremos superiores por dos protuberancias simétricas de la misma roca, que simulan almenas o pináculos. Con propósito de hacer en otra ocasión una más detenida visita a tan estupendo fenómeno geológico, así como a la célebre gruta llamada del Pescador, sita también a la parte Sur de la sierra, encaminamos nuestros pasos hacia el hermoso collado llamado del Buitre, que se halla limitado a su lado occidental por una especie de acantilado irregular

y estratiforme a líneas perpendiculares ó caprichosamente onduladas y coronado por agudas prominencias; pero tan bello y sorprendente que acaso no tenga ejemplar ni en los más pintorescos parajes montañosos de Suiza y de la Australia. De allí obtuvimos una preciosa vista fotográfica.

Tanto este collado como las cimas y laderas septentrionales del Maimón que aquel día recorrimos, háyanse tapizados de semiesféricos piornos y raspudas rascaviejas alternando con una infinidad de plantas silvestres, medicinales y tintóreas, que embalsaman el ambiente con sus penetrantes aromas, pues es de advertir que esta sierra, según testimonio de los botánicos, posee una de las floras más estimables, ricas y variadas de España.

Las cuatro de la tarde serían cuando descendimos por sendas pedregosas y resbaladizas y a través de los tupidos pinares, al collado llamado de la Buitrera, situado al Noroeste de la montaña y uno de los parajes más agrestes y atractivos de la misma. Después de otra media hora de reposo demandado imperiosamente por las fatigadas piernas, dimos vista a la pintoresca ladera occidental llamada de las Atochas, desde donde emprendimos la bajada definitiva por el tortuoso e interminable desfiladero que conduce a la hondonada del Puerto del Peral, no sin que antes la máquina fotográfica del complaciente y hábil compañero de excursión Sr. Motos, nos perpetuase también el recuerdo de aquel último y bellísimo paisaje tan lleno de intensa poesía.

Tras de una larga hora de penoso descenso por la árida y pedregosa pendiente, llegamos al barranco del Estrecho, en cuya fresca y menuda arena nos tumbamos a saborear alegremente el resto de nuestras provisiones de boca. Fue aquél un gratísimo banquete a aire libre, que hubimos de sazonar, entre sorbo y sorbo del famoso moscatel de D. Emilio, con muy sabrosas y regocijadas charlas, que denotaban la placidez que rebosaba en todos los espíritus por el éxito feliz de la jornada.

Terminada la merienda, requerimos los jumentos y emprendimos el viaje de retorno por la carretera de Chirivel, a punto que de los postreros rayos del sol vespertino besaban dulcemente aquellas desnudas y empinadas crestas bermejas que habían sido durante unas horas mudos testigos de inolvidables emociones y meta suspirada de nuestros caros anhelos de turistas.

1910

Julius MEIER-GRAEFE



(1867-1935). Historiador del arte. Miembro del Círculo de Bellas Artes de Berlín y colaborador del periódico *Pam*. Vivió en París, siendo el primer erudito que se preocupó de realizar un catálogo del trabajo de Vincent y la primera biografía de van Gogh.

Vino a España a estudiar la obra de Velázquez (ideal de los eruditos contemporáneos) y de el Greco (precursor del arte de vanguardia). El historiador alemán, en su *Spanische Reise (Viaje por España)*, escrito a comienzos de siglo pero publicado por primera vez en 1908-10, y que tanta repercusión tendría en el mundo artístico de su tiempo, recordaba asombrado cómo Cossío llevaba a los niños de entre ocho y diez años al Museo del Prado y les mostraba los cuadros de los grandes maestros. Posteriormente, en N. York, en 1926, se publicó una nueva edición del citado libro, ilustrado por J. Sima, traducido del inglés por J. Holroyd-Reece, con el título de *The Spanish journey*.

En su viaje a España visitó Almería, ciudad que no le agradó demasiado por la pésima calidad de los alimentos y los olores tan desagradables que envolvían todo el ambiente.

ALMERÍA, 6 DE JUNIO

El conocido y amplio paseo hacia el mar como se encuentra en todas partes, con limpiabotas chillando (es algo que nosotros llamaríamos Kaiserstrasse, tal vez Wilhelmstrasse), se diferencia de nuestras calles de capitales de provincia por desembocar al mar. Ya mucho antes de llegar se sabe cómo acaba la historia; allí abajo uno no puede pasearse bien, primero, porque allí mismo acaba, y segundo, porque hace calor y uno se está asando, mientras se acerca al agua. También hay una gramola y un tinglado, que ofrece espectáculos hoy y mañana, y que ha traído algo de vida a Almería.

En todas partes se ve pegado “Raffles” en grandes letras. Los actores de la compañía están sentados en la cafetería del teatro y pronto habrán finalizado en Almería. Incesantemente, dos integrantes femeninos de la compañía suben y bajan el Paseo para llamar la atención sobre lo general y lo particular; también otras personas suben y bajan en coches más o menos fastuosos. Al final, acabamos haciendo lo mismo y después de la décima vuelta, Jeanne tiene mal humor.



Ajetreo diario de personas y carruajes en la Puerta de Purchena a comienzos del s. XX. (Reproducida del libro *La Almería perdida, postales coloreadas, 1900-1936*, de J. Grima y N. Espinar; La Voz de Almería, 2005).



Vista general del Paseo, desde la Puerta de Purchena; y de la ciudad, desde la Alcazaba. (Reproducida del libro *La Almería perdida, postales coloreadas, 1900-1936*, de J. Grima y N. Espinar; La Voz de Almería, 2005).

ALMERÍA, 7 DE JUNIO

“Almería”, qué maravilloso suena. Este paseo parece la última avenida de Europa, la cual desemboca más abajo al mar. Más allá del Paseo termina Europa; lo que hay no se puede decir con precisión, un fatal híbrido entre el Oriente y Europa. Casi siento añoranza por Tánger; las casas de esta tierra sólo tienen la puerta como única apertura hacia fuera y parecen copiadas de las cuevas gitanas. Los gitanos viven también aquí, en la ladera, es muy pintoresco. Nuestra habitación en el hotel también tiene una sola apertura, es la puerta del balcón; uno se percata que está evitando esta apertura al echarse para atrás, hacia la alcoba, donde está la cama, porque allí hay la mayor oscuridad.

Cuando le propongo a Jeanne de dar un paseo, como uno no puede saber que se va a encontrar subiendo al monte o al castillo árabe, ¡quién sabe!, me mira como si estuviera enfermo. Está totalmente atacada por el letargo del sur, cuya correspondencia se encuentra en las alturas septentrionales, más allá de Tromsø, y a la que tienden más o menos todas las mujeres. Irme solo no tengo ganas.

La gramola sólo se calla cuando estamos en el comedor, las comidas son los acontecimientos del día. Estamos soñando con un trocito de mantequilla fresca y estamos algo depresivos. Los permanentes cencerros de las cabras aburren, además, la leche de estos animales es indigerible.

Existe un segundo curso para los intelectuales, los que naturalmente tienen coches totalmente miserables o van andando. Uno se desplaza hasta el puerto y se

acerca al muelle, y allí hay una pequeña plaza sobre el mar, donde asomado a la baranda de piedra uno se queda mirando. La mar ya no candece y un vapor oriundo de Hull carga mineral. Como diversión de Pentecostés, los obreros se han traído la gramola a bordo, y los que estamos en tierra, nos beneficiamos de ello. Esta tarde debería haber llegado el vapor para Cartagena, aunque tal vez venga dentro de ocho días y si queremos ir en tren hasta este punto, habrá que volver casi hasta Granada. En cambio, está anclado un vapor para Orán.

Son las nueve, así que nos acostamos.

ALMERÍA, 8 DE JUNIO

En esta ciudad de 50.000 habitantes, aparte de dos quioscos de prensa, no existe ninguna librería. Una sola biblioteca en Almería valdría más que todas las bibliotecas en Escocia, o que una buena tienda de mantequilla (juego de palabras en alemán). Como ya decía antes, una auténtica aventura. Este pringue amarillo, que la gente aquí llama mantequilla, ya se ha convertido en salsa antes de llegar a la habitación. Por supuesto, las personas que se quieren ejercitar de forma intelectual, no necesitan mantequilla. Pero yo no puedo, y Jeanne tampoco, nos aburrirnos demasiado. Todo se debe al olor a aceite; está en todo, está en la ropa, en cada cajón, y más acusado al aire libre. Todo es aceite.

Vuelvo en mí y subo a la Alcazaba, sitio muy interesante donde hace mucho calor y se domina todo el mar, sin rastro de barco alguno. El mar parece una enorme bañera de aceite hirviendo.